

Danny Miller

Suerte maldita

Traducción del inglés de
Carlos Jiménez Arribas

Siruela

Nuevos Tiempos / Policiaca

Prólogo

Londres, 1965

El rey estaba en palacio: una casa georgiana de paredes blancas y relucientes, con una altura de cuatro pisos, una fachada con tres ventanales, y un pórtico clásico de columnas jónicas. Ocupaba un lugar privilegiado en una de las plazas más señoriales y en uno de los distritos más prestigiosos de la ciudad de Londres. Bien resguardado en el sótano de esa codiciada pieza del barrio de Belgravia, al rey le acababa de caer una gota de sudor en el ojo. Johnny Beresford se inclinó para mirar al rey, que le sonrió y le devolvió la mirada, y le guiñó un ojo saltón y miope. Johnny Beresford soltó una risita triste que sonó casi como un bufido burlón. Por supuesto, era solo una ilusión óptica, porque el rey en cuestión era el rey de picas. Aunque en momentos así, pensaba Johnny Beresford, no hubiera motivos para la risa, y mucho menos para ir lanzando guiños chulescos.

Johnny Beresford sostuvo al rey entre el resto de sus cartas, desplegado en abanico junto a otros cuatro de su cohorte igual de inservibles y desaparejados que él. Este rey que se reía era un rey sin corona, un rey funesto que no le iba a otorgar ni favores ni perdones. Miró una vez más al rey, y a los hombres del rey, con la esperanza de que se convirtieran en otra cosa, algo con lo que ganarle a su oponente, que tenía una fastuosa escalera de color perfectamente alineada sobre la mesa, pero nada cambió. Seguían siendo lo mismo: una pésima mano de cartas.

Cogió la botella casi vacía de whisky de malta de la mesa junto a él y se sirvió un chorro que cayó con un borboteo en el vaso de cristal. No estaba borracho. Ese estado feliz en el que uno deja la mente en blanco se le resistía últimamente, aunque lo intentara con

todas sus fuerzas, y vaya si lo intentaba. Pero pese a todo el alcohol que había ingerido, no acababa de quitarse de encima aquella sobriedad que volvía a invadirlo sin tregua. Las cosas estaban cambiando y no había vuelta atrás. Ni nada que pudiera hacerse. Era como atravesar el tiempo con una lucidez lacerante. El optimismo típico del jugador se deshacía ante sus ojos como nubes deshilachadas. Y no había cielo azul al otro lado, ni soles resplandecientes, ni vasijas llenas de oro allí donde brota el arcoíris. Solo una pésima mano de cartas. Cuando no pudo soportarlo más, las tiró sobre el tapete. Luego cogió el mazo entero y barajó, esperando que esta vez la suerte le sonriera. Le vino a la memoria la canción infantil: *Pero todos los caballos del rey y todos los hombres del rey...*

—¿Qué dices, campeón, otra mano? ¿La última? Venga, me lo debes, ¿no?

El campeón siguió en silencio. Fuera cual fuera su deporte, su comportamiento no era nada deportivo, y estaba claro que no quería jugar más.

Johnny Beresford se dio cuenta, cerró los ojos de forma muy expresiva, luego los puños, y empezó a golpear la mesa como en un redoble de tambor, lleno de impotencia. El sudor de la frente seguía cayendo en las cartas, pero ahora teñido de rojo. La brecha encima de la ceja tenía mal aspecto. La sangre seca y coagulada empezó a licuarse otra vez, y el sudor salino supuraba por la herida.

Merecía mejor suerte. Siempre la había merecido. Tenía alcurnia y prestigio. Desde que nació en el seno de una familia de barones, Johnny Beresford había ocupado siempre lo más alto del escalafón: era el primero en la línea de sucesión, nada se interponía en su camino en la vida, gracias al exitoso empeño de sus ancestros por arramblar con grandes extensiones de aquella tierra verde y plácida. Su familia, conocida como los «Batalladores Beresford», siempre fue una estirpe belicosa. La lealtad asesina que los caracterizaba, al servicio de los reyes y las reinas de Inglaterra, recorrió de punta a punta todo el país. Habían izado velas para expulsar armadas, dispararon flechas en Agincourt, apuntaron sus mosquetes contra los parlamentaristas en los campos embarrados de Essex, lucharon en las trincheras de Flandes, hasta que, surcando el cielo, echaron fuego por la boca sobre los blancos acantilados de Dover. Y aunque no había documentos escritos, a Johnny Beresford no le habría sorprendido saber que sus ancestros habían rechazado contra viento y marea la autoridad de Julio César, le habían puesto cara de perro al rey Canuto, y les habían lanzado un sonoro «¡No!» a

los normandos en 1066. Con la habilidad que tenían los Beresford para cerrar negocios en el campo de batalla, en la corte, y por fin en las salas de juntas, cuando Johnny Beresford vino al mundo, el trabajo ya hacía tiempo que estaba hecho.

Con un linaje tan prestigioso a sus espaldas, su vida siempre estuvo rodeada de una opulencia a la que creía tener pleno derecho. Y así vivía a toda prisa, convencido de aquel axioma según el cual el dinero generaba más dinero, y la buena suerte generaba más buena suerte. Por eso, cuando tocaba jugar a las cartas, Johnny Beresford esperaba, como era natural, que le salieran buenas. Siempre había sido así.

—Venga, Johnny, ¡hagámoslo!

Atendió a lo que le decían y puso las cartas sobre la mesa. Sabía que había sido la última partida. También sabía lo que venía a continuación. Por apurar la racha todo lo posible, acabó perdiendo cuatro manos una tras otra. Y ya era oficial: había entrado en zona de mala suerte y tenía pocas posibilidades de salir de ahí. Los hay que creen que ganar o perder en el póquer tiene poco que ver con la suerte, que es todo cuestión de talento. Y una y otra vez se viene a demostrar que están equivocados, que han pecado de orgullo. Porque la suerte tiene mucho que ver con todo en esta vida. Sobre todo cuando se trata de morir.

—Hazlo, Johnny, ¡hazlo!

En otra parte de la ciudad, y en otro mundo, cuando las largas horas de la noche del sábado menguaban hasta confundirse con las primeras horas de la madrugada del domingo, Marcy Jones subía por Lancaster Road camino de su casa en Basing Street. Las calles vecinas estaban desiertas y extrañamente silenciosas. No había ruido ni siquiera en la casa de la esquina, habitada por un grupo de músicos jóvenes que vivía como era de esperar que viviera un grupo de músicos jóvenes, por mucho que les dijeran que bajaran el volumen cuando montaban sus «encuentros» cada sábado. Todo lo que oía Marcy Jones era el clic de sus tacones de aguja sobre el pavimento helado.

Altas casas en hilera jalonaban la calle, algunas con fachadas de ladrillos de color ceniza, otras pintadas de blanco mugriento. Sobre las tejas de pizarra negra, como las escamas de un viejo pez, un amasijo de chimeneas y desgarbadas antenas de televisión dentaba el perfil de los tejados. Esta parte de Ladbroke Grove estaba ya dentro de Notting Hill, y sus casas, antaño señoriales, quedaron

un poco pasadas de moda, un poco lejos de los barrios que copaban el poder y la abundancia, Belgravia, Knightsbridge y Mayfair. Y ahora habían encontrado su inevitable destino, convertidas en colmenas, divididas en secciones, compartimentadas, truncadas y transformadas en pisitos diminutos y habitaciones alquiladas del tamaño de escoberos. Era una parte de la ciudad en la que ni siquiera había carteles colgados de las ventanas con la leyenda: «No se admiten negros, ni irlandeses, ni perros». Todos eran bienvenidos en este distrito, y las casas de Notting Hill ofrecían alquileres bajos que, una vez instalado el inquilino, subían de repente sin ninguna lógica; fianzas que, una vez pagadas, jamás verían ya la luz del día. Era una zona controlada por caseros que gobernaban con puño de hierro y apagaban la calefacción ante la más mínima queja.

En esta parte de Londres la inmigración y el malestar social tenían acento propio. Porque cuando la gente hablaba de inmigración, siempre parecía que hablaban de malestar social, y últimamente siempre se ponía a Notting Hill como ejemplo. La llamada «escalada de disturbios» de 1958 había dado notoriedad al barrio, y fue lo que alimentó todos los conflictos posteriores.

Pero aquí vivía Marcy Jones. La suya había sido una de las primeras familias de origen afroantillano que se asentó en el barrio al acabar la guerra. Marcy creció aquí, aquí estaba su colegio y su parroquia, pero sabía que no sería su hogar por mucho más tiempo. Tenía planes, sueños, y casi todo el dinero necesario para hacerlos realidad.

El taxi la dejó en Ladbroke Grove, y mientras recorría a pie el resto del trayecto hasta su piso en Basing Street, costumbre que había tomado últimamente, intentó captar con ojos nuevos cada detalle de su barrio de siempre, memorizando todo lo que tenía delante, rememorando instantáneas de las calles que había pisado toda su vida, preparándose para dentro de muy poco tiempo, cuando las abandonara para siempre. La nostalgia y los recuerdos se mezclaban con la felicidad de un nuevo comienzo y una nueva vida.

Se subió el cuello del abrigo de lana, una pieza oscura de cuerpo entero. El aire de mediados de enero era tan frío y cortante que salía vaho al respirar. Quería estar ya en casa; prepararse un té, luego un baño que la relajara, y olvidar todo lo que le había pasado aquella noche.

Marcy Jones subió los cuatro escalones que llevaban a la entrada de la casa en hilera de cuatro plantas. No se fijó en la puerta, de color verde oscuro, porque buscaba la llave en el bolso. Este estaba lleno a rebosar de todo tipo de artículos de belleza: un cepillo para el

pelo, laca, un peine, un paquete de horquillas, dos barras de labios, rímel, esmalte de uñas; también dos pares de medias, un paquete de chicles, billetes de autobús y de metro, envoltorios de caramelos y un libro de bolsillo a medio leer. Chasqueó la lengua censurándose a sí misma por aquel bolso tan necesitado de una buena limpieza, una buena purga que le aliviara la carga. Los finos dedos con las uñas pintadas de rojo dieron por fin con la llave dorada y reluciente que había reemplazado a la que perdió. Al hacerla girar con fuerza dentro de la cerradura y abrir la puerta, todavía tenía la cabeza en el desorden de su bolso, así que no oyó al hombre detrás de ella hasta que lo sintió a sus espaldas y oyó su respiración entrecortada y jadeante. Se dio la vuelta bruscamente, con dificultad, sin soltar la llave, y arrugó confundida su hermosa cara impecable.

—¡Eres tú!

No hubo respuesta y una mano enfundada en un guante de cuero negro le tapó la cara con tanta fuerza que le golpeó la cabeza contra la puerta entreabierta. Luego la empujó, y entró con ella en el vestíbulo, iluminado por una luz tenue y ajada. Uno de los tacones de aguja se enganchó en la arpillera del felpudo barato y gastado, y todavía sujetaba con una mano la llave atrapada en la cerradura de la puerta, cuando a Marcy Jones le pareció, por una décima de segundo, que todo el edificio conspiraba contra ella. Que era cómplice de su asesinato.

La mano izquierda del hombre la agarró de la coronilla y le tiró del pelo como si le estuviera arrancando un sombrero de la cabeza. La larga cabellera reluciente, más corta en el flequillo, se desprendió con facilidad. Sin la peluca, con el trenzado africano que llevaba debajo, Marcy Jones parecía más joven; los ojos, largamente celebrados, parecían más grandes, de pestañas aún más largas y exuberantes. Pero en este preciso instante se dilataron y se colmaron de un terror que los deformó con una mueca de espanto.

El primer golpe con la bola del martillo le quitó la voz pero no la vida, no del todo al menos. El golpe llevaba tanta fuerza que medio martillo quedó dentro del cráneo. Y del mismo modo que a Marcy Jones se le había olvidado soltar la llave y la puerta y salir corriendo, se le olvidó también caer al suelo y morir. En vez de eso quedó sentada y erguida, con la espalda más tiesa que un palo, desparrada, tan rígida como una muñeca de porcelana reclinada en un mullido cojín. Empezó a temblarle el cuerpo y a dar sacudidas, como si la atravesaran las ondas eléctricas que le mandaba la mano del verdugo.

El asesino entrecerró los ojos con un expresivo gesto mientras se ocupaba de cerrarle a Marcy Jones los suyos para siempre. El martillo golpeó el machacado cráneo otras cinco veces, hasta completar la macabra cuenta de seis. Al terminar, el asesino se estiró desde la posición de ataque, encorvada y letal, y respiró pesadamente unas cuantas veces. Sentía a sus pies el calor pegajoso del cuerpo hecho un ovillo, sin vida.

La niña estaba en lo alto del primer tramo de escaleras, de pie en el rellano. No tendría más de diez años, llevaba un pijama grueso de algodón con un estampado de margaritas y se aferraba con una mano a la seguridad que le ofrecía un viejo oso de peluche. Bostezó, luego cerró el otro puño y con la protuberancia que formaban los nudillos, diminutos y blancos, se frotó los ojos para disipar las insidiosas telarañas del sueño. Un bostezo más y un suspiro, y ya estaba despierta del todo. Bajo la débil luz del rellano, contempló la pesadilla que se abría a sus pies, de la que nunca despertaría.

Fue el suspiro de sueño lo que alertó al asesino sobre la presencia de alguien en las escaleras. Su mente detecta al bienamado oso de peluche con dos cuentas de cristal en lugar de ojos, un botón de cuero por nariz, el pelo dorado y largo, apelmazado, y la garra enguatada firmemente sujeta en la mano de la niña; las margaritas en el pijama de algodón; los dedos de los pies oscuros al borde del último peldaño. Toda la maldita inocencia de la escena le parte el corazón. Pero el asesino no le ve la cara y se pregunta si ella se la ve a él. ¿Está la niña almacenando todo esto en la memoria, como una pesadilla en negativo que será revelada a la luz fría del día y luego impresa para siempre en su conciencia? Pero justo entonces el asesino parpadea, y la niña ha desaparecido. Por un instante se pregunta si de verdad la ha visto, se pregunta si de verdad la niña ha estado ahí. ¿Era una presencia fantasmal fruto del remordimiento; el niño inocente que es testigo del asesinato de un adulto?

Pero el asesino no se la iba a jugar. Empuñando el martillo con toda su contundencia en la mano enguantada y palpitante, subió los escalones de dos en dos.